

RAMÓN DE CAMPOAMOR

(DE LA ACADEMIA ESPAÑOLA)

EL AMOR DE LAS MADRES

POEMA EN DOS CANTOS



ILUSTRACIONES DE RIUDAVETS Y CASTAÑOS



MADRID

AGUSTÍN JUBERA

CAMPOMANES, 10

FRANCISCO ÁLVAREZ

CORREDERA BAJA, 2

1888



EL AMOR DE LAS MADRES

+ 1152239
C. 71440859

ES PROPIEDAD

Imprenta de Enrique Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis, Madrid.





EL AMOR DE LAS MADRES.

PRIMERA PARTE

La madre y la hija.

I

Luis Alfonso es mi amigo más constante,
mas debo declararos francamente
que hallo poco galante
que me obligue á que os cuente
un hecho atroz, que espantaría á Dante,
hoy que, ya arrepentido, busco el modo
de que jamás vuelva á mentar mi labio
*¡el mal de todos, como dice el sabio,
y la infinita vanidad de todo!*

II

¡Qué Enero tan fatídico, Dios mío!
¡Hasta el agua del río
va aprisionando el hielo!
¡Cubre el país la nieve, y luego el frío
hace un cristal en que se mira el cielo!
¡Era blanca la bruma
y estaba todo blanco en aquel día,
pues sólo se veía
nieve en la tierra y en el mar espuma!

III

Según cuenta una historia verdadera,
de Ana la panadera
era tal la elegancia,
que á Pocillo llevó desde Pozuelo
la moda de ponerse, como en Francia,
en forma de coníferas el pelo.

Sólo estuvo una vez enamorada,
pues, viendo á un emigrado de pasada,
la panadera se quedó tan triste,
que lleva desde entonces su mirada
fija siempre en un astro que no existe.

En un carro de varas, que tenía
por todo una porción del claro cielo,
comerciendo con pan, iba y venía
de Pocillo á Pozuelo,
guardada por un perro que mordía.



Y sucedió que un día
en que, cual Juno, altiva y agraciada,
en su carro sentada,
volvía de la villa
de llevar una hornada
de pan candeal de tierra de Castilla,
de su camino hacia el siniestro lado
á la vislumbre incierta

de un sol que parecía amortajado,
vió una muerta con traje destrozado,
y á una niña mamando de la muerta.



Mas ¿cómo aconteció? De esta manera:
Poco antes de llegar la panadera
la madre, hambrienta, alimentar quería
á la niña que de hambre se moría,
y por sacar la leche de su pecho
con sublime despecho
con las uñas la piel se deshacía,

y como ya salía
la leche con la púrpura mezclada,
de una inútil succión escarmentada
la niña, casi yerta,
se quedó tan hambrienta y fatigada,
que se durmió sobre su madre muerta.

IV

¡El rostro de la pobre aún sonreía,
porque expiró cumpliendo en su agonía
el más puro y mayor de los deberes!
¡Van con gusto al martirio las mujeres
cuando el instinto maternal las guía!

Mientras Ana piadosa se adelanta
á dar alivio á desventura tanta,
parecían los vientos desatados
un polvo de cristales triturados
que destrozaba el rostro y la garganta.

Y sintiendo un horror de cuerpo entero,
asustada primero
de miedo ante el cadáver se retira,
pues da un frío mayor que el mes de Enero
un muerto que parece que nos mira.

Mas al fin, dominando sus terrores
la fuerza del espanto,
fué cubriendo su rostro bajo el llanto,
un color que no existe en los colores;

y recogiendo aprisa
la niña abandonada,
que, al sentirse abrigada,
no le cabe en la cara la sonrisa,
en el carro de nieve coronado,
dejó tras sí, con paso acelerado,
más bien que aquel desierto, aquel vacío...
¡sitio de horror que se quedó más frío
que un campo de batalla abandonado!

V

¡Voló de esta tragedia la noticia;
mas como siempre á nuestro mal se junta
del hado, si es adverso, la malicia,
mientras llegó, corriendo, la Justicia,
los perros se comieron la difunta!





SEGUNDA PARTE

La hija y la muñeca.

I

Con tu venia, lector, sigo contando
esta terrible historia,
que siempre está ondulando
como el vaivén de un sueño en mi memoria.

I I

Pasaron tres Eneros, y es ahora
la hija de la antigua pordiosera
una niña hechicera,
que aún se queda dormida mientras llora.

Siendo Ana de esas almas escogidas
que sin penas ni grandes desengaños,
como muchas mujeres de treinta años
aún tiene unas muñecas escondidas,
para hacer á la niña más dichosa
le compró en un bazar, la panadera,
otra muñeca de cartón preciosa,
que tenía una crín por cabellera.

III

Al volver á Pocillo de Pozuelo,
el viento con las nubes barre el suelo
y en su furor los árboles derriba,
y, quedando apagado el sol arriba,
cae en el mar la claridad del cielo.

A la luz de la tarde que declina,
cubriéndolos de un tinte funerario,
como un polvo de nieve, la neblina
los montes envolvió como un sudario.

El granizo primero
cual siempre destructor, pasó un rasero



sobre templos, palacios y cabañas,
y la nieve, después, aquel Enero
los valles igualó con las montañas.

IV

Mientras Ana dormía,
la niña, que parece que sentía
no tener de mujer trajes y nombre,
pues, según un doctor que lo sabía,
cuatro años en mujer, son doce en hombre,
juzgó que la muñeca
como ella misma con razón querría
que Dios le diese el pan de cada día
untado con un poco de manteca,



y le da de comer torta de huevos,
manjar que la muñeca no comía;
y haciendo para hablar vocablos nuevos,

por no saber los viejos todavía,
hallándose encantada
la llama encantadora,
y aspira á los honores de criada,
nombrando á la muñeca su señora.
Al cumplir como madre estos deberes
no cabía de gozo en el pellejo.
¡Variará el corazón de las mujeres
cuando caiga de lo alto el sol de viejo!

V

Y como he dicho, al empezar, que hacía
un frío tan intenso que dolía,
pensó la niña candorosamente
que también la muñeca sentiría
el frío que hace dar diente con diente,
y sin temor al hielo
la muñeca arropó con tierno celo
con sus propios abrigos y sus galas,
mientras que á ella la cubre desde el cielo
el Angel de la Guarda con sus alas.

La razón natural es imperiosa,
y, ya desnuda, se cayó de sueño,
como si fuese un pájaro pequeño
que se echase en el fondo de una rosa;
y como al fin sólo quedó cubierta
con los rayos de sol de sus cabellos,
la niña envuelta entre ellos,
se enfrió, se durmió, se quedó muerta.

VI

Ana mira entretanto
al lado del camino, el lugar santo
en que al ir y al volver hacia su casa,
reza siempre que pasa,
después de santiguarse con espanto,
y en honor de la muerta pordiosera
besó, con boca de granada hendida,
á la niña dormida
cuya cara se ríe toda entera.

Y ¡oh ironías del cielo!
por más que la movía y la besaba,
en lugar de la niña que buscaba
se encontró con un témpano de hielo.

¡Ana infeliz! Vueltas en sus mejillas
las rosas encarnadas, amarillas,
llorando por la niña idolatrada
mira si está en la bóveda estrellada
el equilibrio de los orbes roto,
con faz que no la habrá más espantada
el día en que en la tierra desquiciada
eche al mar el Moncayo un terremoto!

VII

¡No hay remedio! En cumplir con sus deberes
las niñas y las viejas son iguales,

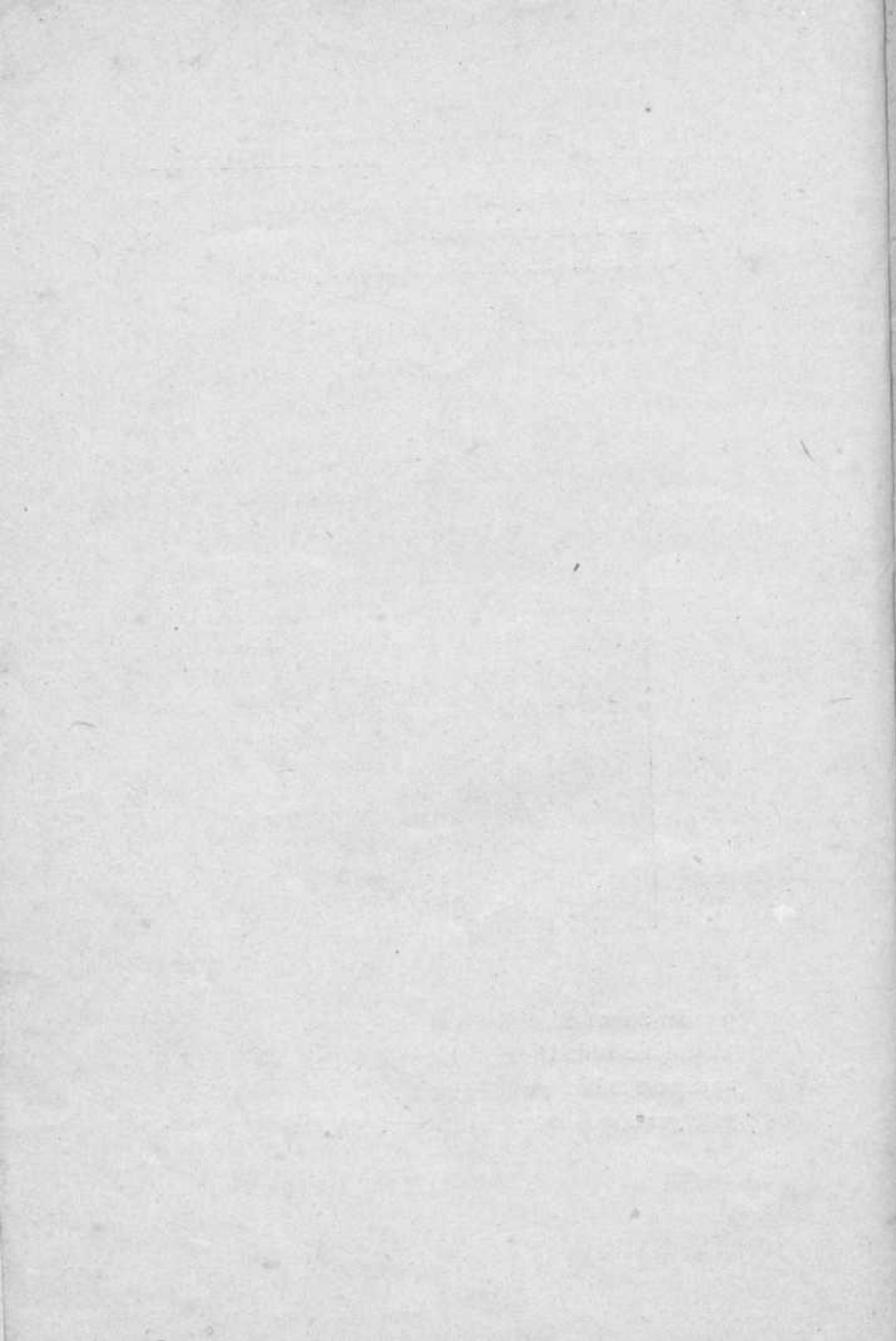
pues siempre es el mayor de los poderes
la fuerza de las leyes naturales.

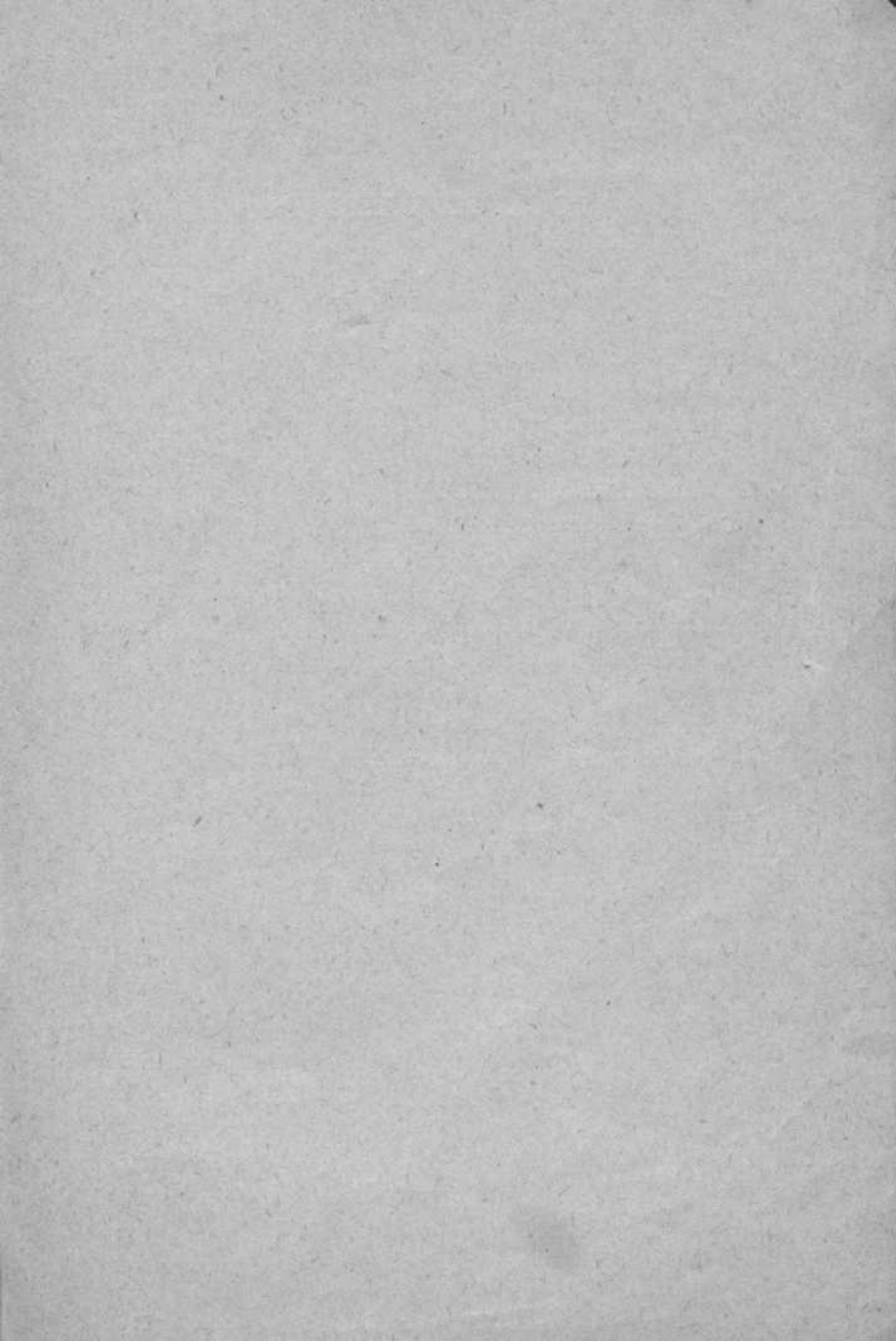
Cual su madre también, la niña aquella



por dar á otro calor, murió aterida.
¡Altos juicios de Dios! Fiel á su estrella,
al dejarse morir, por dar la vida,
ya el *genio de la especie* hablaba en ella.







POEMAS PUBLICADOS

El tren expreso.....	pesetas. 1,25
La novia y el nido.....	1,25
Los grandes problemas.....	1,25
Dulces cadenas.....	1,25
Historia de muchas cartas.....	1
El quinto no matar.....	1
La calumnia.....	1
Don Juan.....	1,50
Las tres rosas.—Dichas sin nombre.....	2,50
El trompo y la muñeca.—La gloria de los Austrias....	1,25
Los amores en la luna.....	1,25
El amor de las madres.....	1

EN PRENSA

La música.
La lira rota.
Los caminos de la dicha.
Por dónde viene la muerte.